YO NO SOY ESA

Roberto Suazo

PARTE 1
YO ME LLAMO

EL HINCHA DEL FESTIVAL

Hace semanas que circula con insistencia por redes sociales un breve video de la presentación de Raffaella Carrà en el Festival de Viña del Mar de 1982. Pero no es precisamente la actuación de la famosa cantante, bailarina y presentadora de TV italiana lo que ha generado revuelo entre los usuarios. De hecho, el motivo de tal revuelo no hay que buscarlo sobre ese escenario, considerado el más importante de Chile y Latinoamérica. El motivo hay que buscarlo en la platea del anfiteatro de la Quinta Vergara donde, hasta el día de hoy, cada mes de febrero, antes de Cuaresma, se celebra el Festival de Viña del Mar.

Si vamos a YouTube y buscamos el video con la presentación completa de la Carrà en Viña del Mar, sabremos que la escena ocurre después de la primera despedida de la cantante, luego del bis con el último cambio de vestuario para su regreso final al escenario. Ella reaparece, como siempre, rodeada de sus bailarines bigotudos de ajustadas mallas, leotardos y polainas, e interpreta una coda despampanante de su éxito «Caliente, Caliente». Tras finalizar este número, más o menos hacia el minuto 50, se puede ver al público ovacionando de pie a Raffaella. El «monstruo» –como tradicionalmente se le ha llamado al público del Festival, debido a su tendencia a ser

feroz e inmisericorde con los artistas que no son de su agrado– clama porque se reconozca a la diva con la antorcha, el máximo galardón que se le entregaba a los artistas en aquellos días. Mansamente, el animador y el alcalde de la ciudad salen a cumplir la voluntad del monstruo. Raffaella agradece con una reverencia bajo aquella enorme concha acústica que corona el escenario. Las cámaras se vuelcan sobre el aplauso cerrado de la multitud que colma el viejo anfiteatro y se encarama hasta los cerros. Y es aquí, precisamente, cuando deberíamos prestar atención. Aquí debiésemos ralentizar el video hasta detenerlo por completo en el minuto 51 y 32 segundos para dar con el motivo de tanto debate acalorado en redes sociales últimamente. Y es que, justo atrás de esas manos que aplauden a rabiar, se asoma la cabeza calva, las grandes gafas, el gesto contenido y sereno del que será el héroe de estas páginas: Jaime Guzmán Errázuriz, el político que diseñó aquel país donde, hasta el día de hoy, cada mes de febrero, antes de Cuaresma, se celebra el Festival de Viña del Mar.

* * *

En la red social Twitter han creado el *hashtag* #elmisteriodelaconchaacustica, aludiendo al icónico escenario con forma de concha marina del Festival de Viña del Mar. Dicha etiqueta se ha vuelto tendencia nacional este domingo, dando paso a un reto viral propagado por los usuarios de las redes sociales para que propongan teorías tratando de explicar la presencia de Guzmán en el espectáculo de la Carrà. Desde luego, no ha faltado quien especule que Guzmán fue a parar ahí por error o por obligación. Después de todo, ¿no parece incongruente que un hombre como él se permitiera de vez en cuando corear letras como «hace tiempo que mi cuerpo anda loco, anda suelto y no lo puedo frenar» y «para hacer bien el amor hay que venir al sur» (o, en su defecto, «para enamorarte bien hay que venir al sur», como cantaba Raffaella en la versión *soft* interpretada aquella vez en Viña 82)?

¿Es posible que este hombre, a quien se suele identificar con posturas ultraconservadoras en lo político y en lo moral, un católico de misa diaria, gran admirador de Franco (del que nunca renegó), ni más ni menos que el asesor civil más cercano de Augusto Pinochet, vibrara de corazón con las coreografías y vestuarios provocadores de la Carrà, indiscutido ícono pop, una verdadera Lady Gaga de los 70 y 80? ¿Corearía Guzmán, comedido catedrático de teoría política y derecho constitucional de la Universidad Católica de Chile, aquellas letras sobre tórridos amantes sureños? ¿Sería el implacable autor de la Constitución política de la República un entusiasta fanático de Raffaella Carrà?

«Al principio, yo también me hice esa pregunta», comenta Juan Antonio Oróstica, amigo de Jaime Guzmán e influyente empresario radial chileno. «¿Por qué iría Jaime todos los años al Festival de Viña? Algunos amigos, y otros no tan amigos, decían que a él le interesaba ir a estudiar las masas grandes de gente. ¿Te fijas tú? Algo así como una aproximación de rasgos antropológicos. Decían que Jaime se infiltraba en el público para así estudiar el comportamiento de las gentes ordinarias. ¡Pero no, pues, nada que ver! Puede que, a simple vista, el tipo de música, los cantantes, no parezcan ser precisamente del gusto de alguien como Jaime. Pero yo te puedo asegurar que si él nunca faltaba en el palco de la Quinta Vergara era sencillamente porque se ponía muy feliz cuando partía el Festival. Es más, diría que ese era un momento de felicidad última para él. Y los artistas que asistían a Viña le encantaban sinceramente. Jaime sabía entretenerse con cosas sanas. El apostolado del saber y la política no eran todo para él. Tenía también todo ese tipo de cosas humanas».

¿Por qué razón resulta tan llamativa la presencia de Jaime Guzmán en este show de la diva italiana? Oróstica tiene su propia opinión al respecto: «Por lo común, la gente tiene la imagen de un hombre frío, apagado, extremadamente calculador. Eso es porque, aunque la mayoría de los chilenos conozca el nombre de Jaime Guzmán, la persona detrás del político es un absoluto desconocido para casi todo el mundo».

¿Y usted? ¿Sabía que el autor de la Constitución de 1980, que, a casi cuarenta años de su promulgación, aún rige con firmeza nuestro país, era un gran fanático del Festival de Viña del Mar? A la luz de la evidencia documental, puede afirmarse rotundamente que Jaime Guzmán forma parte de la historia oculta del evento veraniego favorito de todos los chilenos. El libro que usted tiene ahora entre sus manos no pretende otra cosa que guiarle a través de un refrescante recorrido por los veranos viñamarinos del controvertido político que nos dejó trágicamente en 1991. Esta travesía promete darle a conocer el lado más humano y las facetas menos divulgadas de su personalidad, aspectos quizás anecdóticos, pero que también forman parte de nuestro patrimonio cultural como nación.

* * *

Con más de 3000 documentos a su haber, el Archivo de la Fundación Jaime Guzmán es una veta informativa relativamente poco explotada. Creado en 1991, meses después del asesinato del senador, el archivo alberga los documentos públicos de Guzmán, además de sus papeles personales entregados por su familia a la Fundación. Sus diversas colecciones incluyen manuscritos varios, documentos mecanografiados, correspondencia personal y política, colección completa de sus artículos de prensa, actas de la Constitución de 1980, archivo fotográfico de sus campañas políticas, colección de panfletos y boletines políticos de partidos de derecha, entre otros documentos de valor.

La biblioteca del Fondo ofrece, además, un espacio extremadamente confortable para trabajar. De momento, el único problema que he experimentado ha sido la dificultad para hallar personal calificado que me oriente en mi labor. Después de media hora deambulando entre los anaqueles de la biblioteca principal –un salón abarrotado de libros con lomos brillantes, granates y verdeazulados, donde destaca un imponente retrato de Jaime Guzmán posando junto a

una máquina de escribir Underwood–, finalmente me topo con una chica rubia, muy joven, con un peinado de principito y un flequillo dorado. Con seriedad, se presenta como la archivista del Fondo y me pregunta qué deseo. Al principio, su cara de disgusto me atemoriza. Tras inspeccionarme de arriba a abajo, su mirada se detiene en mi pecho. Comprendiendo el gesto, procedo a colgarme en la solapa la credencial que la Fundación me hizo llegar hasta la editorial, la cual me identifica como «investigador visitante». Instantáneamente, dos hoyuelos se marcan en sus mejillas, como queriendo decir «bienvenido». «¿Y qué investiga el investigador?», me pregunta la archivista. Basta que le mencione el Festival de Viña del Mar para que me quede mirando con cara de extrañeza. «Disculpa. Pero entenderás que eso no es algo que me consulten todos los días», reconoce.

Como Ariadna tendiéndome su hilo, la muchacha me guía por las diversas secciones del Archivo JG. Ariadna –llamémosle así provisoriamente– me comenta brevemente que está digitalizando recortes de diarios y revistas que habrían pertenecido originalmente a Guzmán. Me sugiere revisar primero el archivo virtual (con el material que ella misma ha escaneado) y comenzar mi búsqueda en la Colección Prensa, subsección «Polemista». Deseándome suerte, vuelve a sumergirse en los rincones más apartados del Archivo. Esa tarde ya no la vuelvo a ver.

Indagando en este archivo, efectivamente me es posible dar con numerosos escritos que Jaime Guzmán dedicó al Festival de Viña del Mar. A poco andar descubro que, cada año, durante la semana festivalera de febrero, Guzmán hacía un alto en sus columnas de corte político y utilizaba su habitual espacio en los periódicos nacionales para reiterar una tenaz defensa del Festival.

Jaime Guzmán se declaró desde temprano y sin ambages «un hincha entusiasta del Festival de Viña». Una de las efemérides festivaleras que el político más atesoraba era el llamado «bigotazo» de 1974. Hablamos del primer Festival de la dictadura y el primero también al que asistía Guzmán. En su primera columna festivalera escribe:

«Ciertamente impresiona ver la multitud eufórica que repletaba la Quinta Vergara aplaudiendo a los militares y al general Pinochet que se encontraba en la platea. Esa multitud agradecida entonando a voz en cuello la canción Libre, de Nino Bravo, interpretada por el humorista Bigote Arrocet».

Por supuesto, una investigación seria no podría soslayar el hecho de que el Festival de Viña del Mar creció al amparo de la dictadura de Pinochet y fue frecuentemente instrumentalizado por el régimen. Sin embargo, hay que reconocer que Guzmán era extremadamente audaz a la hora de desmantelar los argumentos de quienes veían en el Festival no más que una herramienta de control de masas implementada por la dictadura chilena, un espectáculo idiotizante para adormecer al pueblo, o un método eficaz para negarle a las personas la posibilidad de contemplar un panorama cultural más amplio y profundo.

Cada año, Jaime Guzmán respondía a estas críticas fustigando con vehemencia a «los detractores aguafiestas del Festival», aquellos que veían en este certamen veraniego «no más que una desteñida imitación tercermundista de otros festivales comerciales extranjeros, como el de San Remo en Italia», a los «intelectuales de profesión», esos «tontos graves que procuran posar de profundos sin serlo», a los «intransigentes que solo admiten que las personas se entretengan según a ellos les parezca», a «los snobs que desprecian todo lo que sea de gusto masivo».

Guzmán iba todavía más lejos. Naturalmente, decía, tales críticas provenían de la intelectualidad opositora al régimen de Pinochet, las mismas voces que reclamaban el derecho de autodeterminación del pueblo ante la tiranía. A ellos Guzmán les retrucaba hábilmente diciendo que era «el propio pueblo el que escogía brindarle las más altas sintonías al certamen, el que vibraba en masa con el Festival, el que esperaba a sus artistas favoritos en el aeropuerto o a la salida del hotel».

«Me quedo pensando en la incongruencia de tales demócratas», escribía Guzmán en febrero de 1988, cuando el régimen de Pi-

nochet comenzaba a exhalar sus últimos estertores, «que postulan la madurez del pueblo solo para elegir a sus gobernantes, pero que de hecho se la desconocen para escoger los bienes que adquiere o la forma en que invierte su tiempo. Incluso a la hora de entretenerse».

* * *

Que Jaime Guzmán peregrinaba a Viña del Mar cada mes de febrero es un hecho relativamente desconocido, aunque perfectamente corroborado por diversas fuentes. Testigos, fotografías, videos, notas de prensa y notas salidas de su propia máquina de escribir, dan cuenta de que el político estuvo instalado en el palco del anfiteatro de la Quinta Vergara cada verano a partir del año 1974. Desde allí vio desfilar grandes figuras de la canción latina como Camilo Sesto, Julio Iglesias, Nydia Caro, Roberto Carlos, Isabel Pantoja, Sandro, Maritrini, José Luís Rodríguez, Miguel Bosé, Raphael y, por supuesto, Raffaella Carrà. Esta tradición veraniega solo pudo ser interrumpida debido a su trágico deceso en abril de 1991, tras ser acribillado por extremistas del Frente Patriótico Manuel Rodríguez (FPMR). Pero el Festival le ha sobrevivido por ya casi treinta años y no hay visos de que deje de celebrarse cada verano en el balneario chileno.

«Cada mes de febrero, Jaime se instalaba religiosamente en el Hotel Miramar de Viña del Mar», comenta al teléfono Juan Antonio Oróstica quien es también uno de los principales accionistas de este hotel. «Siempre invitaba a amigos, correligionarios y a las parejas de estos a pasar junto a él la semana del Festival. La primera vez que lo acompañé, fue en 1976 para un retiro que organizamos con otros estudiantes de la Universidad Católica, donde Jaime era nuestro profesor. A todos nos llamó la atención el que, tras el retiro, que hacíamos en el convento de las monjas Carmelitas en Viña, Jaime nos diera chipe libre y nos invitara a todos a ver el Festival. Ya más tarde, durante varios años nos convidó a mí y a mi mujer.

A nosotros nos encantaba ir. Jaime era casero del Festival en Viña y varios veranos lo acompañamos en el hotel Miramar. Otras veces lo invitábamos a él a nuestra casa de veraneo en Reñaca. Siento nostalgia de esos tiempos».

Según afirma Oróstica, Jaime Guzmán tenía la costumbre de hacerse acompañar por un grupo de correligionarios en el Hotel Miramar «donde él era habitué». «Jaime tenía todo organizado. Un día íbamos a andar en bote al tranque, a tal hora nos tomábamos un Martini Dry en el bar del hotel, después íbamos a comer al Cap Ducal. Íbamos a Valparaíso, andábamos en lancha, después íbamos al Riquet. Era una cuestión que estaba perfectamente organizada. Se disfrutaba cada segundo al lado de Jaime».

«Jaime era una enciclopedia del Festival», añade Oróstica. Durante nuestra conversación telefónica, el empresario sostiene que Guzmán era «capaz de recordar con extraordinaria nitidez todas las anécdotas festivaleras, sabía de memoria qué artistas se habían presentado y cuándo se habían presentado, además de las canciones ganadoras de la competencia».

«Yo he llegado a la conclusión de que, en realidad, los chilenos no conocen a Jaime Guzmán», dice Oróstica. «Y eso es una pena», añade. «Se han quedado con una imagen unidimensional de él». Según el empresario, si hay un calificativo que describe la personalidad de Guzmán sería la versatilidad. «Por ejemplo, una conversación cualquiera con Jaime podía versar, como cabría esperar, sobre política nacional, política económica, política latinoamericana, historia europea, música clásica, ópera, para qué servían las constituciones de los países, de lo importante que es prepararse para el matrimonio, el misterio de la muerte, Cristo y los apóstoles, la naturaleza de los ángeles y los demonios, el antiguo y del nuevo testamento, San Pablo, San Jerónimo, Santo Tomás de Aquino, el culto mariano, Dante Alighieri, la gloria de la vida eterna que nos espera después de la muerte». «PERO», dice enfáticamente Oróstica, «siempre, siempre, sin falta y sin saber tú cómo, la conversación

cambiaba de tono, de lo divino y lo sublime nos volvíamos a zambullir en lo humano y lo mundano, y Jaime terminaba hablando, ponte tú, de cómo se prepara un buen pisco sour, de fútbol, del Sapo Livingstone, a quien quería tanto, o del último Festival de Viña que, como te dije, jamás se perdía».

* * *

«De tanto acompañarlo a Viña, terminé contagiándome con sus mañas y sus rutinas», recuerda Juan Antonio Oróstica. «Por ejemplo, antes de despedir el verano, Jaime siempre pedía que hiciéramos un alto en el convento de las Carmelitas para que las monjas nos aplicaran la ceniza en la frente, en recuerdo de que polvo somos y en polvo nos convertiremos». El empresario agrega que para Guzmán el Festival de Viña era «la versión chilena de la celebración del carnaval. Es más, alguna vez le oí afirmar que los chilenos habíamos podido pergeñar un carnaval civilizado. Yo creo que con eso se refería a que en Viña vivíamos una fiesta, pero sin la presencia del descontrol callejero y las salvajerías populares o afrocriollas del carnaval de Río, por ponerte un ejemplo. Como fuera, Jaime sabía bien que una vida sin festivales es como un largo camino sin posadas».

Pienso que el retrato que Oróstica pinta de su amigo es perfectamente compatible con el perfil religioso de Guzmán. De hecho, es absolutamente plausible que, a la hora de distribuir su verano entre devoción y entretención, Guzmán también se atuviera a la doctrina de la Iglesia católica. En el calendario litúrgico, el carnaval es la antesala a las privaciones que comienzan con el miércoles de ceniza y acaban en Semana Santa. Solo hay carnaval a condición de que a este le suceda la Cuaresma; solo hay fiesta si a esta le sigue la máxima moderación. Hasta el presente día el espectáculo musical viñamarino tiene lugar la última semana de febrero coincidiendo generalmente con el periodo de licencia que, conforme al calendario litúrgico antecede al ascetismo y las privaciones de la Cuaresma.

El de 1991 sería el último festival de Jaime Guzmán. «Ese año empezó la decadencia del Festival de Viña del mar y Jaime lo percibió antes que nadie», me dice Oróstica. «Con el nuevo gobierno, entraron otros gallos al comité organizador. Y lo empezaron a cambiar todo, partiendo por el himno. En lugar del pegadizo «Viña es un Festival / música junto al mar.» pusieron un jingle de música horrible como para tienda de ropa juvenil cuyo estribillo decía «Canta el mundo en Viña del mar / Bienvenidos al Festival.» ¡Y los artistas que trajeron! Atroz. Viña era un Festival de la canción latina con énfasis en la balada romántica. Cierto es que, para mostrar jerarquía internacional, habíamos admitido cantantes de la onda disco, como KC and The Sunshine Band, e incluso contamos con un segmento estable para bandas soft-anglo. Eso estaba bien y era muy sano. Pero a veces estos artistas se pasaban de la raya. Es cosa de recordar a los marihuaneros de The Police en Viña 82 o la feroz desubicada del vocalista de Mr. Mister en Viña 88. Pero en Viña 91 ni siquiera les bastó con llevar a Los Prisioneros, que llegaron con sus tarros y sus provocaciones. Me acuerdo perfecto de Jaime hundiendo los índices en sus oídos, intentando protegerse de los atronadores sones de unos rockeros *thrash*. Jaime me dijo: "Qué adjetivo más acertado". Yo me preguntaba: ¿qué había sido esa barahúnda demoníaca? Y estoy convencido de que muchos en la Quinta Vergara se preguntaron lo mismo. Escupitajos a granel, garabatos en inglés para el público y el animador y, como si fuera poco, máxima agresión auditiva, con decibeles lanzados sin ningún control, ni compasión. Faith No More, me acuerdo que se llamaba esa banda y, desde el cielo, estoy seguro, Jaime dirá: ¡qué nombre más acertado!».

Según cuenta mi informante, además del cambio de artistas en la parrilla festivalera, había otras cuestiones más graves que disgustaban a Guzmán aquellos días: «Su pega como senador lo agobiaba», me dice Oróstica. «"¡No, no, no, si yo no puedo seguir siendo senador!", me decía, "¡Juan Antonio, no puedo seguir en

este ritmo! ¡Esto es demencial, una cosa arrolladora! ¡Realmente es increíble que uno no tenga tiempo ni para ir a misa!"».

Por aquellos días, continúa mi informante, Guzmán había dado numerosas señales de querer abandonar la vida pública. «La política nunca fue su opción», me dice y da un largo suspiro. En seguida, Oróstica recuerda un comentario que, hacia 1976, Jaime Guzmán había pronunciado en el hotel Miramar y que al entonces discípulo y estudiante secundario le había resultado casi banal. Guzmán habría dicho: «Para ser honestos, Juan Antonio, yo estoy metido en la política no porque me haga sentir pleno, sino porque sé que tengo un talento natural para ello. Yo tengo muy presente la parábola de los talentos. Tengo temor a condenarme si no respondo a lo que he recibido y sigo recibiendo».

* * *

Poco antes de finalizar nuestra conversación telefónica, Juan Antonio Oróstica me sorprende con una revelación totalmente inesperada.

«Cuando se acabó el Festival de 1991, Jaime hizo un cambio en nuestra rutina de años. Me dijo: "Juan Antonio, ándate tú a Santiago no más. Yo me quedo acá con las Carmelitas"». Entonces, yo lo dejé en el convento con las monjas.

»La última vez que lo vi con vida fue a finales de marzo de 1991, en Santiago. Nos juntamos a jugar golf. Ahí me contó que aquel retiro había sido muy especial, y que pensaba que por fin había alcanzado formas superiores de oración. Luego me dijo que quería contarme algo, pero en total confidencialidad. Me confesó, entonces, que había decidido dejar el Senado y la política para asumir definitivamente una vida religiosa en el convento de las Carmelitas. Según él, le resultaba imposible continuar en la política ya que el Senado no le representaba nada. Después de su experiencia espiritual ese último verano, no tenía duda alguna de cuál era su lugar».

«¿No le parece extraño que Jaime Guzmán haya querido pasar el resto de su vida en una comunidad de mujeres?», le pregunto a Oróstica.

Pero el empresario se queda en silencio varios segundos, tanto que me parece que ha colgado. Cuando por fin me contesta, es para cambiarme el tema: «¿Y a ti de verdad te gusta la Raffaella Carrà?», me pregunta.

* * *

Hasta donde he podido indagar, para quienes conocían la intimidad del hombre público, no era ningún secreto que los gustos musicales de Guzmán eran versátiles. Prueba de ello es que, hacia 1980, Oróstica y Guzmán, además de otros personajes cercanos al político, incluida su madre, doña Carmen Errázuriz, adquirieron un grupo significativo de radioemisoras, entre las cuales, había un par que se orientaba a un público juvenil.

«Aparte de su gusto selecto por la música clásica y la ópera, Jaime estaba siempre muy al día con la música popular», dice Oróstica. «No era para nada rígido con sus gustos musicales. Era un conocedor y un apasionado de la música. Un melómano, diríamos ahora. Podía apreciar sin problemas el talento de artistas que estaban en la vereda opuesta a él en cuanto a idea políticas ¡Con decirte que Jaime fue un gran fan de Fernando Ubiergo y hasta de Flor Motuda!».

Oróstica me dice que tiene que colgar pero que encantado acepta seguir colaborando con mi investigación, siempre y cuando la conversación y el producto derivado de la misma «no se aparte de temas humanos como la afición de Guzmán por el Festival de Viña del Mar, con exclusión de temas políticos». Y me adelanta como primicia: «De las cantantes de ese tiempo te puedo asegurar que a Jaime le gustaban mucho la Raffaella Carrà, la Maritrini y la Nydia Caro. Pasamos cosas muy divertidas juntos. Jaime incluso

tuvo la tupé de coquetearle a estas cantantes. Y, ¿sabes qué? ¡Creo que eso es, precisamente, lo que todo el mundo espera saber!». Oróstica me deja citado a su oficina para la semana entrante. Antes de colgar, me dice. «Entre el amor y la política, cualquier lector con una pizca de sensibilidad erigirá el amor».

LA VENUS DE BOTICELLI

Juan Antonio Oróstica es un hombre corpulento con el cabello perfectamente teñido de negro. Usa unos anteojos grandotes con marco de carey beige, fotocromáticos, de esos que se van ahumando según les llega el sol, que le dan un aire de buzo o de astronauta. Su oficina se ubica justo a la salida de la estación de metro Los Leones, en el mismo edificio en cuya cima se emplaza el restaurante El Giratorio. Al recibirme, se disculpa pues acaba de instalarse y aún no ha conseguido una secretaria. Comprensiblemente, entonces, el decorado es mínimo; una habitación en la que hay un escritorio, dos sillas de madera sin barnizar, un futón «muy confortable, tailandés o japonés», dice Oróstica, una mesa, y dos reposapiés. Las paredes blancas, relucientes, sin más adorno que un pequeño diario mural y un estante donde se pueden ver algunas fotografías antiguas. Lo primero que llama mi atención es que en dos de esas fotos aparece Jaime Guzmán. «Esa es en Venecia», dice Oróstica, «y esta es en Viña del Mar». Las dos fotos parecen gemelas o, a lo menos, siguen el mismo patrón. Oróstica y su señora en la parte delantera de una góndola con gondolero, y Guzmán detrás. Oróstica y su señora en un paseo en "victoria" frente al característico reloj de flores de Viña, y Guzmán detrás.

Por estos días Oróstica afina la puesta en marcha de un nuevo proyecto radial online: «Radio Recuerdos». «Es mi proyecto más íntimo», dice el empresario desde su escritorio. «Lo manejaré todo desde este computador. Yo mismo seré locutor y *disc-jockey*. Todo estará bajo mi control. Bien puedo decir que la radio soy yo».

Aunque suene extravagante, todo parece indicar que Oróstica se siente muchísimo más cómodo planificando esta autarquía radial que en la popular emisora que dirigió por más de dos décadas y que se orientaba a un público juvenil. «Hoy en día, disfruto más la música juvenil de cuando yo era joven,» me dice. Y añade que la parrilla musical de la Radio Recuerdos abarca las décadas de los 60, 70 y 80. «*Quiet* anglo y un catálogo completísimo de balada latina», dice Oróstica, «lo que incluye, por cierto, balada francesa e italiana». Con indisimulable orgullo, me cuenta que acaba de dar con el lema para su nueva emisora; e impostando una voz grave de locutor dice: «Radio Recuerdos. Transmitiendo en vivo desde el pasado».

Oróstica está muy informado sobre las novedades de los viejos artistas. De Raffaella Carrà, me dice que actualmente tiene 74 años, que trabaja como jurado en programas de cazatalentos, pero está alejada de los escenarios; que, aunque cada año la invitan al Festival de Viña para que sea jurado, ella siempre declina la invitación. En seguida, gira la pantalla de su computador para enseñarme una fotografía actual de la cantante: «¡Dime si no está regia! Recuerdo que allá por la década del 80 algunos malintencionados decían que usaba brujería con el fin de mantenerse joven y famosa. Si así fuese, los resultados de la acción demoníaca están a la vista», me dice Oróstica entre risas. «La Carrà no aumentó un gramo y en Italia la aman. Según la leyenda, eso sería porque era una bruja y entregaba a sus bailarines a Satán las noches de luna roja. ¡No, hombre, si te juro que eso se decía! De eso la Nydia Caro tampoco se salvó. A ella la apodaban "la muñeca de los ojos brujos" y se rumoreaba que había maldecido a Antonio Santis, el animador del festival, porque este la había desdeñado». «¿Y de la Maritrini?», le pregunto recor-